

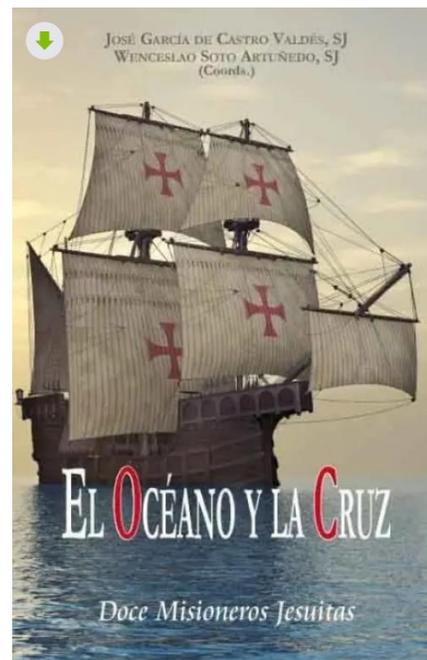
José García de Castro y Wenceslao Soto Artuñedo (Coords.), 2024. *El Océano y la Cruz. Doce misioneros jesuitas*, Aranjuez, Xerión, 288 pp. ISBN: 978-84-128173-3-1.

Eduard López Hortelano SJ* <https://orcid.org/0000-0001-6881-0796>

Quisiera titular esta reseña de la siguiente manera: Vida y misión. Porque de eso se trata. *El océano y la cruz* es una obra que se sumerge en la vida y obra de doce misioneros jesuitas cuya labor evangelizadora marcó profundamente los destinos de pueblos y culturas en el ancho mundo durante los siglos XVI y XVII. Coordinado por el teólogo José García de Castro y el historiador Wenceslao Soto, y con un prólogo de Pedro Llobell, este libro constituye una meditación histórica, teológica y espiritual sobre el sentido de la misión en la Compañía de Jesús y su concreción en vidas singulares.

El volumen cuenta con una introducción de García de Castro, quien establece el marco conceptual que guiará la lectura de las doce biografías. Desde el principio, se plantea que la misión no es un simple desplazamiento geográfico ni una empresa colonialista, sino el centro identitario del jesuita. Es un “vivirse para otros”, una entrega radical al anuncio del Evangelio en contextos profundamente diferentes, a menudo hostiles, siempre desafiantes. Esta introducción ofrece también una reflexión sobre la tensión entre el universalismo del mensaje cristiano y las particularidades culturales, y cómo la Compañía ha navegado esas aguas con creatividad, tensión y fidelidad.

La estructura del libro permite recorrer la geografía de la misión jesuítica a través de figuras como Francisco Javier en la India y Japón, o Matteo Ricci en China, pero también adentrarse en contextos menos conocidos, pero igualmente significativos, como el de Pedro Páez en Etiopía o Eusebio Kino en el norte de México. Cada capítulo combina rigor historiográfico con una narrativa accesible y emotiva, lo que permite al lector no solo informarse, sino conmoverse.



* Universidad Pontificia Comillas.

Uno de los grandes logros de la obra es mostrar la diversidad de aproximaciones que los jesuitas adoptaron frente al hecho misionero. Francisco Javier, por ejemplo, personifica el impulso inicial, el ardor apostólico que quiere llegar a todo lugar sin demora. Su energía y determinación abren caminos que otros consolidarán. En sus cartas, se revela un alma abrasada por el deseo de comunicar la buena nueva, y al mismo tiempo angustiada por la falta de obreros para una mies tan vasta. Su paso por la India, Malaca, las Molucas y finalmente Japón deja una estela de entusiasmo y entrega radical.

Cosme de Torres, su compañero, representa una misión más reflexiva, una estrategia de arraigo cultural que se aparta del modelo meramente predicativo. Su trabajo en Japón consistió en crear comunidades estables, formar catequistas locales, traducir elementos esenciales de la fe al contexto japonés. Su visión fue clave para que el cristianismo pudiera penetrar de manera más profunda en la cultura nipona, hasta que las persecuciones del siglo XVII truncaran temporalmente esa historia.

En China, Matteo Ricci y Diego de Pantoja encarnan la inteligencia cultural y el diálogo *intercivilizacional*. Ricci, tras largos años de aprendizaje del idioma y de las costumbres, se ganó el respeto de los letrados y de la corte imperial. Presentó el cristianismo como la culminación de la sabiduría clásica china, construyendo puentes con el confucianismo. Diego de Pantoja, su estrecho colaborador, siguió sus huellas con igual delicadeza y profundidad. Ambos representan un modelo de misión basado en el respeto, el conocimiento mutuo y la paciencia. Sus obras científicas, astronómicas y cartográficas muestran que la fe puede caminar con la razón y con la ciencia.

Roberto de Nobili, en India, lleva este modelo al extremo, adoptando incluso las vestimentas y prácticas externas de los brahmanes para poder hablar de Jesús en un lenguaje comprensible. Aprendió el sánscrito y escribió obras teológicas adaptadas a la mentalidad hindú. Su misión no estuvo exenta de conflictos, dentro y fuera de la Compañía, lo cual muestra también que la historia misionera jesuítica está llena de tensiones creativas. La cuestión de los ritos malabares que suscitó su metodología generó polémica en Roma, revelando cómo el discernimiento misionero exige valentía y apertura.

La misión en América ofrece otros matices. Juan de Brébeuf en Canadá es el mártir heroico, entregado hasta la muerte a un pueblo al que amó profundamente. Su conocimiento de la lengua y costumbres huronas es impresionante. Su "Relación de los mártires" conmueve por su honestidad y profundidad espiritual. Su martirio, junto al de otros compañeros, no es un final trágico sino la expresión máxima del amor oblativo.

Pedro Claver, en Colombia, es el apóstol de los esclavos, el profeta que denuncia la deshumanización con su testimonio radical de servicio y compasión. Su frase "esclavo de los negros para siempre" no es un lema simbólico, sino una realidad concreta: descendió a las bodegas nauseabundas de los barcos negreros, curó llagas, bautizó, defendió a los más vulnerables. En una época de indiferencia o complicidad, su figura es un testimonio contracultural, un evangelio vivido con radicalidad.

Eusebio Kino, por su parte, encarna la misión como exploración y conocimiento: cartógrafo, astrónomo y pastor, recorre las regiones del suroeste de lo que hoy es Estados Unidos uniendo ciencia y fe, geografía y evangelio. Sus mapas y diarios revelan una pasión por conocer y comprender, por acompañar a los pueblos indígenas y defenderlos de abusos. Su figura recuerda que el conocimiento del territorio es también conocimiento del alma de los pueblos.

Pedro Páez en Etiopía sorprende por su finura diplomática y su conocimiento profundo del mundo etíope. Fue el primer europeo en describir las fuentes del Nilo Azul, pero más allá de la hazaña geográfica, su verdadero logro fue ganarse la confianza del emperador y entablar un diálogo teológico con la Iglesia copta. Su testimonio es un puente entre mundos que parecían destinados a la incomunicación. Su figura, menos conocida, emerge con fuerza gracias al relato preciso y documentado que presenta el libro.

La figura de Alonso de Barzana, misionero en el virreinato del Perú, muestra una capacidad asombrosa para aprender lenguas indígenas (se dice que hablaba hasta once) y una pasión incansable por transmitir el Evangelio en clave local. Trabajó entre los quechuas, aimaras y otras etnias con una sensibilidad poco común para su tiempo. Su vida refleja el carisma de adaptación y escucha que ha caracterizado a los mejores misioneros jesuitas. Sus gramáticas y catecismos en lenguas originarias son testimonio de un respeto profundo por la alteridad.

Finalmente, José de Anchieta, el apóstol de Brasil, cierra este panteón de misioneros con una figura casi legendaria: poeta, gramático, dramaturgo, evangelizador y defensor de los pueblos originarios frente a los abusos coloniales. Su vida muestra la fecundidad de una misión integral, donde la fe, la cultura, la justicia y la belleza se entrelazan. Fundador de ciudades, autor de una gramática del tupí y defensor de los derechos de los pueblos originarios, Anchieta fue un incansable constructor de puentes.

El océano y la cruz no es solo una sucesión de biografías ejemplares. Es una reflexión sobre el sentido de la vida y la vocación entendida como salida de sí, como travesía hacia el otro. El título es una metáfora poderosa: el océano representa el viaje, el riesgo, el deseo de llegar; la cruz, el sentido último, el amor entregado hasta las últimas consecuencias. Los doce misioneros que habitan estas páginas son navegantes de lo humano y de lo divino, testigos de un sueño mayor que sus propias fuerzas.

La calidad literaria de los textos, la riqueza documental, la profundidad espiritual y la diversidad de contextos hacen de este libro una obra imprescindible para quienes desean comprender la misión jesuítica no como hecho del pasado, sino como fuente viva de inspiración para el presente. En tiempos de repliegue y fragmentación, *El océano y la cruz* recuerda que hay vidas que se entienden solo cuando se dan por completo. Y que el horizonte sigue abierto para quienes están dispuestos a lanzarse a la mar guiados por la cruz. Ciertamente, desafía al lector a preguntarse por la propia travesía.